

PABLO RIVERO

**LAS NIÑAS QUE
SOÑABAN CON
SER VISTAS**



Laura García Hernández, una niña de catorce años, ha desaparecido. La última vez que se la vio fue entrando en un conocido centro comercial, cuando acudía a una misteriosa cita. A los pocos días aparece descuartizada en el aparcamiento de la planta baja. El cuerpo presenta mordeduras de animal, pero su hermano Jaime insiste en que fueron causadas por un ser humano. Todo se complica cuando Pablo, un publicista que trabaja en la agencia más prestigiosa del país, sospecha que el asesinato puede estar relacionado con la muerte de algunas famosas *influencers*.

Pablo Rivero vuelve con su historia más terrorífica. *Las niñas que soñaban con ser vistas* nos adentra en el mundo de la publicidad y los peligros de la sobreexposición en las redes sociales cuando se unen la perversión moral y las ganas de ser visto. Con una trama bien estructurada, inquietante y escabrosa, te seducirá por sus personajes enigmáticos, sus giros sorprendentes y su impactante final.

Índice

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Parte III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Agradecimientos

Canibalismo: acción o costumbre humana de comer carne de seres de su misma especie, generalmente de forma colectiva y siguiendo un ritual.

Parte I

Cima: remate, culminación, máximo esplendor de algo.

Su padre se empeñó en llamarla Laura porque era un fan incondicional de Twin Peaks y le encantaba la idea de homenajear a la enigmática protagonista, sin tener en cuenta el hecho de que esta apareciera muerta en el primer capítulo de la serie. Ahora la niña va de copiloto en el coche de su madre, pero no es ella quien conduce sino su hermano Jaime. Le ha pedido que la acerque al centro comercial y, aunque le ha costado convencerlo, al final, ha accedido a llevarla a regañadientes. Sus padres se han ido el fin de semana y Jaime se ha quedado a cargo de la casa y, por supuesto, de su «hermanita pequeña». Laura está a punto de cumplir quince años y no hay cosa que más le reviente que se refieran a ella en esos términos. Aun así, había recurrido a ello como táctica para camelar a su hermano: «¿Qué te cuesta acercar a tu hermanita pequeña si en coche no tardas ni cinco minutos? Solo voy a dar una vuelta con Carla, y como mucho, ir a la bolera un rato. Te prometo que después, para volver, cojo el autobús de las nueve como tarde». Pero no hubo manera. Jaime la observaba por el rabillo del ojo, impasible, mientras llevaba la mirada de nuevo a la pantalla de su teléfono móvil, que cambiaba por segundos, al tiempo que su dedo índice se deslizaba por ella hacia arriba de manera automática. Jaime tenía dieciocho recién cumplidos pero siempre había sido «el viejuno» de la familia: observador y dicharachero de pequeño, y responsable y cuidadoso de adolescente, demasiado incluso. Siempre obedecía a sus padres; le habían dejado al mando y no pensaba correr ningún riesgo, conocía bien a Laura y sabía que era capaz de liarla en menos de lo que canta un gallo. Ni por asomo se le habría ocurrido acceder a dejarla salir esa tarde de octubre si no fuera porque Pati, la

compañera de clase que le traía loco desde el curso pasado, por fin parecía haber puesto el ojo en él y le había escrito un «Qué haces?». Ambos sabían lo que implicaba esa pregunta. Así que, sin haberlo planeado, el rumbo de la tarde cambió por completo.

–A ver, no te emociones, que va a ser solo un rato –le dijo a su hermana cuando la vio dar un salto de alegría.

–Pillo el bus de las nueve, te lo prometo –contestó ella antes de que Jaime pudiera terminar la frase.

–Ni hablar, te paso a buscar yo. Me mandas un mensaje o me llamas y me acerco, ¿estamos? Que no quiero líos. Papá y mamá me capan si te pasa algo.

–¡Ay! De todas maneras eres un cenizo... ¡Qué me va a pasar! –le respondió ella mientras corría hacia su habitación.

–Date prisa, va.

Jaime la vio salir de espaldas por el pasillo y se miró en el espejo del recibidor. Si quería tener algo de margen para una ducha rápida y arreglarse un poco debían salir ya.

–¡Laura, vamos!

Laura había entrado en su cuarto a toda prisa. Cogió el cargador del móvil del enchufe de su mesilla de noche y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Llevaba todo el día tan enganchada que ni se había dado cuenta de que no le quedaba más que una barrita de batería. Abrió la puerta de su armario y observó su reflejo en el espejo estrecho que había pegado en la parte interior. Estaba muy delgada, pero tenía la cara redonda característica de una niña de su edad. El pelo oscuro, casi negro y unos ojos verdosos enmarcados por unas enormes y curvas cejas negras que le daban un aire felino a la mirada. Echó un primer vistazo para comprobar que estaba todo: llevaba puesto el pantalón vaquero azul clarito desgastado y una camiseta de rayas horizontales tal y como habían quedado. Se quitó las dos zapatillas lanzándolas por la habitación y se puso lo único que le faltaba para cumplir todo lo pactado: las Con-

verse blancas bajas sin calcetines. ¡Ahora sí que sí! Sacó su móvil a toda velocidad y se hizo un selfie que le envió junto con el texto: «En menos de diez minutos estoy ahí». Pulsó a enviar y sintió un hormigueo en el estómago; por fin iba a dar el gran paso. Una sola instantánea que haría realidad aquello que esperaba ansiosa y por lo que tanto se esforzaba cada día.

Laura entró de golpe en el coche y se sentó en el asiento del copiloto. Antes incluso de llegar a cerrar la puerta, enchufó el USB de su teléfono al cargador del automóvil. Jaime estaba ya sentado, se había puesto una gorra para ocultar el pelo de alcachofa que se le quedaba si no le daba su toque de secador y cera pertinente. Arrancó el coche; ambos estaban en silencio, viendo cómo la puerta del garaje se plegaba hacia arriba. Frente a ellos asomó la oscura tarde. Apenas pasaban cinco minutos de las seis, pero ya era completamente de noche.

—¿No vas muy fresca? —le preguntó, lanzándole una mirada furtiva.

—No me seas carca, me voy a meter directa en el centro y luego me traes tú, así que paso de llevar chupa... Además, no te quejes, que me he puesto bien recatadita para que no me digas nada. Parezco una niña.

—Eres una niña.

Laura entornó los ojos y miró por la ventana. La puerta del garaje se cerró, y vio cómo la fachada blanca del chalet adosado en el que vivían quedaba a su espalda. Y después el parque, su colegio y la tienda de chuches... Fue dejando atrás cada sitio que formaba parte de su día a día sin imaginarse que aquella sería la última vez que los vería.

1

Tenía la mano dormida, pero no por el corte que se había hecho en la palma al sacar la fotografía de su familia que había encontrado en una de las cajas que llevaba años sin abrir, sino porque llevaba un buen rato en cuclillas observando la imagen.

A través de las grietas del vidrio en pedazos, podía ver el rostro tosco de su padre, con expresión seca, y, junto a él, a su madre sonriente, su hermana y él de niño. Hacía siglos que Pablo no veía esa foto, como todas las demás en las que aparecían los cuatro. No recordaba haberse llevado ninguna de su casa, todos esos años había permanecido oculta entre carátulas de CD y otros objetos que jamás había vuelto a utilizar y de los que debería haberse desprendido tiempo atrás. La herida no le dolía, ni siquiera se hubiera dado cuenta de que la tenía, si no llega a ser porque le sorprendió ver cómo la imagen iba siendo invadida lentamente por una mancha roja que provenía de las gotas de sangre que se colaban a través de las fisuras del cristal. Lejos de soltar el marco y limpiarse, Pablo se mantuvo en la misma posición, apretando cada vez más, con la mirada puesta en la estampa, pero atravesándola con el pensamiento. No fue hasta que la sangre cubrió sus rostros por completo cuando volvió en sí y la soltó, cayendo en la cuenta de lo que acababa de ocurrir. En ese instante se abrió la puerta del despacho en el que se encontraba; era Lisi, su mujer.

—A ver, ¿qué has hecho esta vez? —preguntó con complicidad.

Pablo estuvo a punto de dar un grito del susto. Quiso apartar la foto con la mano para esconderla, le invadía una mezcla de cabreo y pudor, como cuando era adolescente y su padre entraba de golpe en su habitación y le pillaba en alguna situación comprometida. Pero era demasiado tarde, aunque apretara el puño para contenerla, la sangre le chorreaba por la mano. Lisi había llegado a verla también en los rostros del retrato y, pese a que en cualquier situación se habría agachado para ayudarlo o hubiera ido a por una gasa con alcohol para curarle la herida, se quedó quieta; consciente de que, por mucho que hiciera, no conseguiría calmar su dolor.

–Me he asustado con el ruido, perdona.

Pablo se vio desde fuera y aflojó el rostro.

–Tranquila, estoy bien. Ahora recojo. Es que estoy abriendo todo esto –dijo señalando las cajas que tenía apartadas en una de las esquinas– para ver si algo merece la pena o va a la basura directamente.

Lisi quiso acercarse y abrazarlo. Se planteaba si ese sería el momento de preguntarle todo lo que siempre había querido saber sobre su infancia para poder ayudarlo de verdad. Habría dado un ojo de la cara por conseguir que saliera de él confiar en ella y abrirse como solo dos personas que se aman plenamente podían hacerlo. Pablo dejó de mirarla, esforzándose en amontonar los cristales a un lado, quitando importancia a la situación. Había dado la vuelta a la fotografía y ya nadie los observaba. Lisi tuvo claro que tampoco esa vez ocurriría. No iba a sincerarse, como ella tanto fantaseaba, pero no se frustraba por ello. Le conocía bien y sabía que no servía de nada tomárselo como algo personal, tenía muy claro que había ciertas batallas que ya estaban perdidas de antemano.

–¿Te traigo algo para que te limpies?

–No, no, tranquila, si no es nada. Ya me apaño yo –contestó cariñoso.

–La cena estará en cinco minutos.

–Entendido –dijo él con tono juguetón, esbozando una pequeña sonrisa.

Lisi le devolvió el gesto cómplice y cerró la puerta del despacho. Pablo transformó el gesto al instante y se quedó pensativo. No estaba preparado para enfrentarse, sin previo aviso, a todo aquello que tanto esfuerzo le costaba olvidar. Sin embargo, el encontronazo le había venido bien para comprobar que, pese a que esa imagen, rodeado de las que habían sido las personas más importantes de su vida, representaba lo que tanto había anhelado durante años, ahora, todo aquello le parecía más un momento de otra vida, como si se tratara de un fotograma de alguna serie de televisión o una mera postal. Nada que pudiera tener conexión con su pasado y, mucho menos, con los cambios inminentes que estaban a punto de condicionar su futuro.